

La penetración del capitalismo en la ganadería española

Sus repercusiones en la explotación familiar

El sector agropecuario europeo se basa en la explotación familiar y tiene una carga social muy importante. En este artículo su autor analiza los últimos y convulsivos cambios en las estructuras agropecuarias de nuestro país, así como la influencia del modelo estadounidense.

JOSE ANTONIO SEGRELLES SERRANO. Dpto. de Geografía Humana. Universidad de Alicante.



La explotación familiar ha quedado sumida en una situación crítica, supeditada a criterios de racionalidad económica.

El cambio experimentado por el sector agropecuario español en poco más de treinta años ha sido extraordinario. A ello ha contribuido sin duda alguna la penetración del capitalismo en sus estructuras productivas. La sustitución de la mano de obra por capital, la inclusión en los circuitos mercantiles internacionales y la intensificación de los métodos productivos, ha provocado la producción sistematizada de proteínas animales y el abastecimiento regular de la población a precios relativamente asequibles.

Pero no es menos cierto que este proceso convierte la ganadería española en un sector dependiente, sometido a decisiones foráneas y a una serie de intercambios desiguales. La explotación familiar queda sumida en una situación crítica y supeditada a criterios de pura e injusta racionalidad económica que abogan, según su innata filosofía, por la maximización de beneficios y la acumulación de capital

por parte de las grandes empresas, muchas de ellas con carácter multinacional.

Las pequeñas y medianas explotaciones familiares no pueden competir con las empresas capitalistas de grandes dimensiones, pues su acceso a la tecnología de vanguardia y a los mercados es enormemente difícil, pero también es verdad que no todo, ni en todo momento, debe reducirse a criterios económicos, de estricta rentabilidad.

Las cuestiones sociales deben ser tenidas muy en cuenta si no queremos que desaparezca el campesinado y sólo predomine un paisaje rural de macroempresas despersonalizadas. Para evitar la catástrofe es necesario el apoyo del Estado en forma de incentivos fiscales, subvenciones, modificación de estructuras agrarias, fomento del trabajo en común y profesionalización máxima en los agricultores y ganaderos.

LA CRISIS DEL SECTOR AGROPECUARIO TRACIONAL

El Plan de Estabilización de 1959 supuso la culminación oficial de un proyecto que consolidó el modo de producción capitalista en España y modificó la estructura socio-económica del país.

Desde la segunda mitad de los años cincuenta y comienzos de los sesenta de la presente centuria, se produce un éxodo rural sin precedentes, la población crece a un ritmo acelerado, aumenta el grado de urbanización, cobran un auge inusitado los sectores industrial y de servicios, los transportes experimentan un singular desarrollo y el turismo comienza a ser un fenómeno de masas. Todo ello lleva consigo el incremento de los niveles de renta y del poder adquisitivo de los ciudadanos, lo cual desemboca en el aumento de la demanda de productos alimenticios, sobre todo de origen ganadero.

El cambio en la demanda de productos agropecuarios y el trasvase masivo de mano de obra rural a la industria y servicios urbanos, entre otros factores, provoca la crisis de la agricultura tradicional, caracterizada por unos aprovechamientos extensivos, nula capacitación y mercado autoabastecimiento. La consiguiente alza de los salarios agrícolas, debido a la emigración, y la satisfacción de las demandas poblacionales, obligan a mecanizar los campos e intensificar los métodos de producción.

La mecanización agraria repercute directamente en los beneficios obtenidos cuando se trata de explotaciones empresariales (con asalariados), pero las ventajas que representan en las explotaciones familiares (sin asalariados) no afectan al nivel de ingresos, sino que se cifra en la ganancia de un tiempo de trabajo que permite desarrollar actividades paralelas que complementen las rentas de la familia campesina (PES, 1982, 82-83). Una de estas actividades es la ganadería intensiva, mediante la instalación de granjas porcinas, avícolas de carne y última-mente terneros de cebo.

La necesidad de cubrir la totalidad de la jornada laboral, aumentar los ingresos y responder al crecimiento cuantitativo y cualitativo de la deman-

da, modifica los planteamientos tradicionales y la ganadería entra de lleno en los circuitos mercantiles desde el momento en que se intensifican los modos de producción. La composición interna de la cabaña experimenta mutaciones decisivas, cambian las áreas pecuarias y se altera el modelo ganadero español. Esto no se debe a la evolución interna de la empresa agropecuaria, sino a la entrada del capital en el sector y a las innovaciones tecnológicas que acceden junto a él.

INTENSIFICACION GANADERA

Hacia la mitad de los años sesenta, la ganadería sigue intensificando de forma creciente su explotación y pierde el carácter extensivo que la ligaba al suelo, amparándose en una política un tanto sospechosa que obedecía las directrices del Banco Mundial y de la FAO en una serie de informes sobre el desarrollo de la agricultura española (1966-67). En ellos se instaba a la Administración para que transformara el modelo pecuario extensivo en una ganadería de corte intensivo, alimentada con cereales y soja de importación, materias primas adquiridas en un mercado monopolístico dominado por Estados Unidos.

En efecto, resulta revelador que dichos informes recomendaran un aumento del consumo de carne en la población, sobre todo vacuno y ovino. Todo incremento de cualquier demanda genera una subida de precios que inevitablemente desvía el tipo de consumo. Por eso, esta situación desencadenaría una preferencia hacia el cerdo y el pollo, especies cuya alimentación depende de unos piensos específicos que se elaboran con materias primas provenientes del exterior casi en exclusiva.

Aquí surgió la voz crítica de algunos autores (Gómez Manzanares, 1967; Velarde, 1967), que tildaron estos informes de pretender metas políticas más que agrarias, aun reconociendo ciertos aspectos positivos que ponían de manifiesto las deficiencias de la ganadería española (bajos rendimientos, razas de poca calidad, precaria explotación, escaso nivel técnico, mala comercialización) y alentaban, quizás en exceso, a que las producciones pecuarias dejaran de ocupar un segundo plano en la economía agraria. La participación de la ganadería en la Producción Final Agraria representa casi el 30% en 1960, mientras que en la actualidad supera ligeramente el 40%.

El modelo ganadero estadounidense-



El modelo ganadero estadounidense, basado en el consumo de maíz y soja por parte de especies muy aptas para transformar eficazmente estas materias primas en carne fue exportado a todo el mundo desarrollado.

EXAL[®]



Los animales ganan.



Vd. Ahorra

TOLSA, S.A.

Núñez de Balboa, 51, 4.º 28001 MADRID
Teléfono 322 01 00 Telefax 322 01 01



ses basado en el consumo de maíz y soja por parte de especies muy aptas (porcino y aves de carne) para transformar eficazmente estas materias primas en carne fue exportado a todo el mundo desarrollado. En origen de este sistema pecuario estriba en las continuadas superproducciones norteamericanas de estos productos con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, crisis que obligó a buscar nuevos mercados.

Tras el conflicto bélico, Estados Unidos surtió de productos agrícolas a los países europeos y Japón, pero lo que en estos momentos eran ventas coyunturales para paliar los efectos de la guerra pronto se convirtió en un activo comercio. Desde los años cincuenta, la modernización ganadera de estos países se fundamenta en el empleo de genética y fórmulas alimenticias de raigambre estadounidense que obliga a importar cantidades crecientes de materias primas.

El caso español es similar, ya que su inclusión en esta dinámica capitalista comenzó con la llegada de excedentes agrarios norteamericanos gracias a los Acuerdos de Cooperación y Ayuda Mutua de 1953. Rápidamente, los donativos del Programa Alimentario para la Paz «fueron reemplazados por ventas en dólares», palabras que C. Tío pone en boca del vicepresidente norteamericano de 1964 H. Humphrey (Tío, 1978, 19-20).

De este modo se establece una doble corriente de necesidades. Estados Unidos necesita exportar para que los mecanismos de sus sectores cerealista y oleaginoso funcionen fluidamente. Los países desarrollados necesitan importar estas materias primas para garantizar el suministro de proteínas y calorías a una cabaña cada vez más estabilizada e intensiva.

Esta relación convierte a Estados Unidos en el principal proveedor mundial de maíz y soja, situación que le otorga un papel estratégico de primer orden, pues el control de los recursos alimenticios de los países puede ser más eficaz que la propaganda o el poderío militar. Se puede decir, sin temor a exagerar, que gran parte de la

ganadería europea y japonesa está en manos norteamericanas a través de sólidas y agresivas compañías multinacionales (Cargill, Continental Grain, Stanley, Central Soya...) que extienden sus tentáculos capitalistas por todo el mundo para conceder a la potencia norteamericana un papel monopolístico. No en vano, en 1978, la revista francesa *Le point* titula un artículo con la siguiente frase: «Los amos de la soja gobernarán el mundo» (Tío, 1978, 19).

En efecto, la trascendencia político-económica de este comercio es tan acusada y la dependencia exterior de los países desarrollados tan asfixiante que no han sido infrecuentes las amenazas y represalias de Estados Unidos cada vez que Europa ha pretendido incrementar sus producciones de cultivos óptimos para la nutrición animal o gravar las importaciones de estas materias primas procedentes de Norteamérica.

UN PERMANENTE RIESGO

Hasta el comienzo de los años setenta, la soja consumida por la ganadería española procedía de Estados Unidos en un 100%. Esto significa un estado permanente de riesgo para nuestra producción pecuaria, la cual puede tambalearse ante cualquier vaivén de los precios o debido a problemas de abastecimiento que se generasen a causa de estrategias políticas.

Así sucedió en 1973, cuando Estados Unidos decretó unilateralmente el embargo de las exportaciones de soja, con el subsiguiente incremento de los precios. Por este motivo aparecen en el escenario mundial otros países suministradores.

En 1974, Estados Unidos aporta a España el 84% de las importaciones de esta oleaginosa, porcentaje que se reduce al 63% en 1975. A partir de estos momentos, y hasta la actualidad, el 40% de las compras españolas se orientan a Brasil, Argentina y en menor medida a Paraguay. Los oferentes se han diversificado, pero Estados Unidos sigue siendo preponderante con alrededor del 60%, según los años.

Además, esta pérdida es un tanto irreal, ya que en la mayoría de los casos la producción y exportaciones agrarias de los países de América del Sur están controladas por multinacionales estadounidenses que dominan la distribución y alteran los precios internacionales según sus intereses. El monopolio y la hegemonía siguen en marcha. Buen ejemplo es el conflicto de hace pocos años entre Estados Unidos y la CEE por el abastecimiento maicero de España tras nuestro ingreso en las Comunidades Europeas.

De cualquier modo, dicha dependencia norteamericana va cambiando desde que el maíz de Estados Unidos no puede entrar en España si no es con reducción especial de aranceles de la Comunidad. Estados Unidos exige que España cumpla sus compromisos comerciales de importación, lo cual está siendo asumido, pero progresivamente las compras de cereales se orientan a la UE (Francia, Gran Bretaña, ...) y las de productos sustitutivos para fabricar piensos compuestos a Asia.

Así, la ganadería tradicional se sumió en una crisis profunda, al mismo tiempo que los nuevos aprovechamientos pecuarios suponen un aumento nítido de la productividad y los rendimientos, pero generan un modelo ganadero dependiente y desequilibrado (Rodríguez Zúñiga, 1980), siempre atento a los precios internacionales, controlados por unos pocos grupos influyentes, y a las fluctuaciones monetarias.

La dependencia de la ganadería española no sólo se centra en el tema alimenticio, es decir, en la necesidad de importar materias primas fundamentales para la elaboración de los piensos compuestos. La nueva actividad ganadera se basa en razas precoces de altos rendimientos que marginan los animales autóctonos, adap-

La nueva actividad ganadera se basa en razas precoces de altos rendimientos que nos hace depender de la genética extranjera.



tados secularmente a las condiciones físicas de la Península Ibérica, y nos hace depender de la genética extranjera, tanto estadounidense como europea. La sanidad animal, las técnicas de manejo y las instalaciones también dependen de empresas foráneas, sobre todo norteamericanas, británicas, francesas, holandesas, danesas, alemanas y belgas.

El nuevo modelo pecuario, basado en materias primas, genética y tecnología de importación, y la ausencia de una política ganadera racional en España, supone la crisis de la tradicional ganadería extensiva y familiar y el derroche de recursos agrarios propios, renovables, menos gravosos. Los gigantescos gastos económicos y la servidumbre externa han motivado que en los últimos años ciertos sectores hayan tomado conciencia de esta penosa situación.

LA CRISIS DEL SECTOR AGROPECUARIO MODERNO

Con la expansión del capitalismo agrario, el sector agropecuario abandona la subsistencia tradicional, comienza a producir las mercancías que demanda el mercado y por ellas cobra el dinero que servirá para adquirir otras mercancías que le permitirán vivir y continuar produciendo.

Es decir, se ajusta al esquema M-D-M (mercancía-dinero-mercancía). De forma gradual, las explotaciones con más posibilidades se adaptan a un modo de producción netamente capitalista y siguen el esquema D-M-D (dinero inicial-mercancía-dinero final). A este último esquema se accede a través de inversiones de capital acumulado en actividades urbanas, por un esfuerzo propio en trabajo y capital conseguido en el campo o mediante la ayuda de créditos (García, Tulla, 1981, 72). Las inversiones constituyen el punto de partida para producir mercancías a gran escala que posibiliten la obtención de beneficios.

De este modo, la agricultura moderna olvida el aprovechamiento de los ciclos biológicos y el reemplazo y se basa en los intercambios, el uso de técnicas duras, el empleo de energía no renovable y la aplicación intensiva e indiscriminada de capital. Los nuevos métodos aumentan la productividad y los rendimientos, pero convierten la actividad agraria en un sector altamente dependiente y sometido sin paliativos a los vaivenes del mercado.

La vorágine productiva derivada de estos planteamientos no afecta a todas las empresas agrarias por igual. Ante semejante complejo productivo, la explotación familiar, que no utiliza mano

de obra asalariada y de ordinario suele coincidir con lo que conocemos como minifundio, permanece en este estadio intermedio en el que debe conformarse con monetarizar sus mercancías en el mercado. Las pequeñas explotaciones familiares no pueden hacer frente a las nuevas exigencias productivas y ven amenazada su continuidad.

El auge de la industria agroalimentaria, cada vez más mediatizada por el capital trasnacional, relega al pequeño productor a un papel secundario, lo convierte en mero abastecedor de la industria transformadora, casi no produce ya bienes finales y queda excluido de la revalorización que conlleva la elaboración y comercialización de los productos.

La crisis energética de la primera mitad de los años setenta fue la eclosión de un panorama evolutivo que progresivamente desencadenó consecuencias concluyentes. El incremento imparable del precio de los insumos, adquiridos fuera del sector agrario, y la cotización moderada de los productos agropecuarios constituye un binomio agobiante para las rentas de la explotación familiar. Esta sustitución se ha ido agravando paulatinamente hasta convertir el aprovechamiento agrario familiar en una actividad crítica e insuficiente (Etxezarreta, 1985).

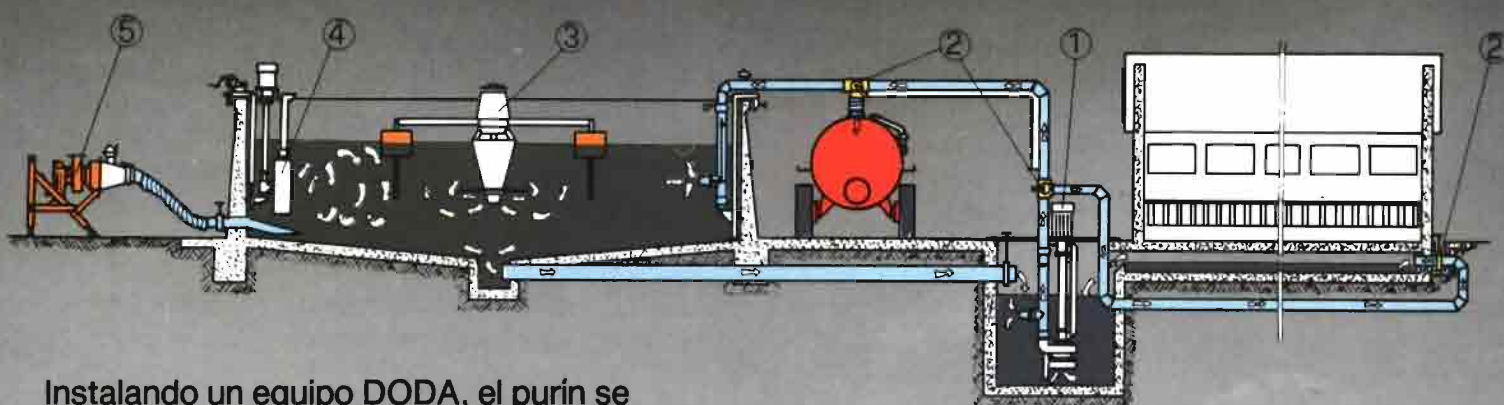
Asimismo, la aguda descapitalización que padecen las pequeñas empresas les obliga, si pretendemos modernizar o ampliar sus explotaciones, a solicitar créditos que deberán devolverse con intereses altísimos y que los sumen en un círculo vicioso de difícil solución.

La crisis ganadera se manifiesta algo más tarde porque es el deterioro económico de las familias campesinas de muchas áreas del país lo que provoca la implantación y desarrollo de granjas industriales como forma de obtener ingresos adicionales y complementar así las rentas agrícolas. Las granjas familiares orientadas a la ganadería intensiva no pueden soportar las fluctuaciones bruscas de los precios.

En el caso del ganado porcino, a las oscilaciones cíclicas clásicas de su cotización se unen ciertas situaciones co-



i fertilizante gratis!



Instalando un equipo DODA, el purín se transforma en fertilizante rico de substancias, capaz de producir más del 50% en relación con el purín no tratado.

La producción DODA consiste:

- ① «SUPER» bomba trituradora vertical eléctrica o a cardán.
- ② Guardaagujas automáticas o manuales para reciclo purín del pozo recolector-criba.

- ③ «DAERMIX» aireadora-mezcladora flotante.
- ④ «MOVRED» mezcladora-aireadora vertical.
- ⑤ «AFI» bombas trituradoras de alta presión para fertirrigación, aplicables también a remolques-cisternas.

DODA

PREMIO
NAZIONALE
MERCURIO
D'ORO

Fiate de la experiencia

Construcción maquinas agricolas DODA - 46010 Canicossa (Mantova) Italia
Tel. 0739-376-969118 o 969119 - Telex 303202 DODAPI I

Doble ayuda para la economía porcina

Tanto la parvovirus como el mal rojo constituyen dos graves riesgos para la economía de la reproducción porcina. RHÔNE MÉRIEUX aporta la doble solución a los problemas que ambas afecciones pueden representar.



PARVORUVAX vacuna asociada contra la parvovirus y el mal rojo

Parvoruvax es una vacuna bivalente, inactivada, adyuvada con hidróxido de aluminio, destinada a la protección de los cerdos reproductores contra la parvovirus y el mal rojo.



Parvoruvax posee alto grado de inocuidad y ha demostrado una actividad muy satisfactoria frente a cada una de las valencias del parvovirus y el mal rojo.

Todos los ensayos han demostrado su buena tolerancia tanto en el plano local como en el general.

Parvoruvax aporta una doble protección para mejorar la rentabilidad porcina.



LABORATORIOS RHÔNE MÉRIEUX

yunturales, como la estrategia comercial de las grandes empresas, los intercambios desiguales con la UE o los brotes epizooticos, que provocan caídas de los precios irreversibles para el pequeño productor. La avicultura de carne trabaja con unos márgenes tan estrechos y debe soportar períodos de precios bajos tan prolongados que prácticamente ha sido eliminada la producción independiente y casi todo el sector se halla bajo fórmulas de integración vertical.

Los problemas con los precios, el difícil acceso a las tecnologías modernas, la nula participación en la transformación y comercialización de los productos, la imposibilidad de utilizar economías de escala y de producir a

General sobre Aranceles y Comercio (GATT), más la reforma de la Política Agraria Común (PAC) y el preacuerdo de Blair House, contribuyen a incrementar el pesimismo (Buxadé, 1993).

El sector agrario europeo se basa en la explotación familiar y tiene una carga social muy importante, mientras que en el estadounidense, y en el de otros países, predominan las grandes empresas. La diferencia de modelos hace que la agricultura europea sea menos competitiva, pero esto no significa que sea menos eficaz.

La explotación familiar puede ser productiva y rentable si dispone de dimensiones óptimas, carácter empresarial y apoyo del Estado en forma de subvenciones o créditos blandos para

los socios, permite a los pequeños agricultores y ganaderos familiares el empleo de tecnología moderna, obviar la dificultad que tiene el abastecimiento individual de materias primas, aprovechar las ventajas de la concentración de la oferta, participar en el valor añadido que conlleva la transformación y comercialización de los productos y en los mecanismos de generación de los precios, afrontar desde una posición más sólida los riesgos del mercado y, en definitiva, continuar en el sector sin perder el carácter empresarial y disfrutando de unos ingresos dignos (Segrelles, 1992). ■

BIBLIOGRAFIA



Casi todo el sector de avicultura de carne se halla bajo fórmulas de integración vertical.

bajo coste, la competencia de las grandes empresas y la política española encaminada a reducir los activos agrarios, dibujan un panorama sombrío para las explotaciones familiares.

Las duras condiciones económicas actuales sólo dejan sobrevivir a los más fuertes y supeditan la empresa independiente y familiar a los dictámenes de una estructura oligopolística que domina todos los resortes de la cadena productiva.

La perspectiva de la liberalización de los mercados y la eliminación de ayudas oficiales a la producción agropecuaria, aspectos auspiciados por Estados Unidos en el marco del Acuerdo

adquirir tecnología, como sucede en Holanda.

Sin embargo, la distancia que separa el sector agropecuario holandés del español es todavía considerable, de forma que nuestras explotaciones familiares tienen ante sí un futuro plagado de duros ajustes, donde los menos competitivos y profesionales desaparecerán irremisiblemente, salvo que se integren en las cadenas productivas de las empresas más pujantes del sector, como sucede desde las últimas décadas, o se deciden por el cooperativismo.

El cooperativismo de grandes dimensiones, que exija profesionalidad a

BUXADÉ CARBÓ, C. «La reforma de la PAC y la ganadería española». *Mundo Ganadero*, n.º 11, 1993, p. 5.

ETXEZARRETA ZUBIZARRETA, M. *La agricultura insuficiente*. Madrid, Ministerio de Agricultura, 1985, 442 pp.

GARCÍA RAMÓN, M. D.; TULLA, A. «La unidad de producción campesina y la introducción de las relaciones de producción capitalista en el campo catalán: los casos del Baix Camp de Tarragona y de l'Alt Pirineu». *Questions de Geografia i Territori Rural*, 2, febrero 1981, pp. 59-86.

GÓMEZ MANZANARES, R. «La ganadería, la empresa ganadera y el Informe del Banco Mundial y de la FAO». *Información Comercial Española*, 403, marzo 1967, pp. 95-101.

PES GUIXA, A. «El comportamiento de la «agricultura familiar» en Cataluña a partir de 1960». *Investigaciones Económicas*, 19, septiembre-diciembre, 1982, pp. 73-83.

RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, M. *et al.* «El desarrollo ganadero español: un modelo dependiente y desequilibrado». *Agricultura y Sociedad*, 14, 1980, pp. 165-194.

SEGRELLES SERRANO, J. A. «El cooperativismo ganadero español. Una actividad dinámica e insuficiente ante el Mercado Unico Europeo». *Mundo Ganadero*, 11, 1992, pp. 29-33.

TÍO SARALEGUI, C. «La guerra de la soja. Las cuentas claras». *Agricultura*, 549, enero 1978, pp. 18-24.

VELARDE FUERTES, J. «La ganadería española, iluminada por el Informe Banco Mundial-FAO?». *Información Comercial Española*, 403, marzo 1967, pp. 85-94.